



Consejo Latinoamericano de Iglesias
www.claiweb.org

Curso de Diaconía Ecuménica

**IV. La diaconía ecuménica es transformadora y
busca la justicia**

Chris Fergusson y Ofelia Ortega

CURSO DE DIACONÍA ECUMÉNICA



Reconciliadora, Compasiva, Transformadora, Profética,
Procuradora de justicia

CUARTA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es transformadora y busca la
justicia

“Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).

“Hombre, él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar la misericordia y humillarte ante tu Dios” (Mq 6, 8).

“Quitó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió vacíos” (Lc 1, 52-53).

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor” (Lc 4, 18-19).

“No os conforméis a este mundo, sino transformaos...” (Ro 12, 2).

En 1994, el Comité Central del Consejo Mundial de Iglesias aprobó un conjunto de directrices para la diaconía, entre ellas las siguientes:

La diaconía se suma al poder de los necesitados, capacitándolos para controlar lo que ocurre en sus vidas.

La diaconía responde a las necesidades inmediatas a la vez que analiza, resiste y transforma los sistemas que crean y agravan esas necesidades.

La poderosa afirmación de la unidad existente entre los actos de ayuda directa y la acción profética que aborda las causas, es parte de un creciente consenso teológico sobre la naturaleza de la diaconía. Así, la clave no consiste en reafirmar una vez más la necesidad de que la diaconía sea profética y tome en cuenta las estructuras, sino en rechazar la falsa dicotomía que se ha establecido entre el servicio y la justicia. La unidad entre el servicio y la búsqueda de la justicia se aprecia claramente en la vida y el ministerio de Jesús. Por su parte, el llamamiento profético de Miqueas incluye la exigencia a amar compasivamente.

Esta visión bíblica no nos llama a desestimar los actos directos de servicio y ayuda, sino a realizar nuestro servicio de tal manera que sea en sí mismo transformador y procure la justicia. Siguiendo a Jesús, buscamos una respuesta diaconal que tome en cuenta las necesidades humanas inmediatas de tal forma que contribuya a los cambios estructurales necesarios para eliminar las causas del sufrimiento y de la calamidad que soportan los seres humanos. De modo que no simplemente respondemos al cambio estructural o a las necesidades directas de las personas y las comunidades; respondemos a esas necesidades directas en forma tal, que las personas se empoderen para volverse ellas mismas agentes de cambio. Nuestra diaconía de servicio directo tiene que ser transformadora y dignificar a aquellos a quienes servimos. Nuestras acciones tienen que ser parte de un ciclo de empoderamiento que coloque a las personas y a las comunidades afectadas en el lugar central, para que actúen como sus propios defensores y como agentes de cambio de su propio desarrollo y servicio. Esto se aplica igualmente a las iniciativas locales que responden a necesidades humanas, a la ayuda de emergencia en tiempos de desastres, y a los complejos programas internacionales de desarrollo.

No se trata aquí simplemente del repetido llamado a “ayudar y hacer justicia”. Fieles al llamamiento que nos exige no conformarnos con los sistemas y valores de injusticia (Ro. 12, 1), procuramos rechazar cualquier ayuda directa que contribuya a crear dependencia o signifique una manera de ejercer el poder sobre los demás. Nuestra comprensión teológica de que todas las personas son hechas a imagen y semejanza de Dios, creadas con igual valor y dignidad, significa que nunca podemos tratar a las personas como objetos ni como meros clientes.

El servicio transformador tiene que encarnar actitudes de compañerismo y de igualdad, a la vez que ha de renunciar a la superioridad –especialmente a aquella que se disfraza falsamente de humildad– y al poder sobre los demás.

El *servicio transformador* tiene que encarnar actitudes de compañerismo y de igualdad, a la vez que ha de renunciar a aquella superioridad que se disfraza falsamente de humildad, y al poder sobre los demás. “En lugar de vuestra doble vergüenza y de vuestra deshonra, os alabarán en sus heredades; por lo cual en su tierra poseerá doble porción y tendrán perpetuo gozo”. (Isaías 61, 7).

Lo que vemos aquí es que la diaconía transformadora es una expresión de la autoentrega amorosa de Jesús (*kenosis*). Existe una unidad inquebrantable entre aquel Jesús que, en el famoso poema de Filipenses 2 “se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo... se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte”, y el Jesús que tomó el rollo del profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret y leyó: “Me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres”. Ese mismo Jesús amó, sirvió, sanó y siempre transformó. La unidad entre la búsqueda de la justicia y el servicio en el ministerio de Jesús muestra que no solo tenemos que hacer ambas cosas, sino que tenemos que hacer cada una de manera tal, que se fortalezcan mutuamente.

Distribuir alimentos, ofrecer refugio, asistir a los prisioneros, consolar a las víctimas de la violencia son, en sí mismos, servicios transformadores que no abandonan a las personas o grupos como objetos de la mala fortuna. A través de los años ha habido multitud de debates sobre la ayuda directa. Cualquier acción que emprendemos tiene que considerar seriamente el contexto global y las realidades regionales y locales de una injusticia sistémica. Tenemos que rendir cuentas por las consecuencias sociales y políticas de nuestra diaconía. Lo que está en juego es muy importante. En todas partes, numerosas iglesias han tenido que luchar con opciones muy complejas. En Canadá, muchas iglesias han respondido a las necesidades de los pobres, de los hambrientos y los sin hogar, con programas como los “bancos de alimentos” y “albergues invernales”. Y, al mismo tiempo, esas iglesias están conscientes de que al suministrar alimento a familias que deben recibir ayuda estatal, contribuyen a que el Estado soslaye su responsabilidad de enfrentar las causas de la pobreza. Cuando se ofrece un techo a la gente sin hogar no se enfrentan la falta de empleos, la pobreza y la falta de viviendas a costos accesibles que están en las raíces del problema. Aún más: esos mismos programas ayudan a sostener un sistema injusto y encubren el problema de la pobreza sistémica. Pero la enormidad y extensión de la pobreza y del resultante sufrimiento humano, alimentados por el racismo, el sexismo y la exclusión social, prueban claramente que el amor al prójimo y la asistencia a aquellos que son parte del cuerpo de Cristo —como Jesús nos recordó en Mateo 25—, requieren de la ayuda directa y se expresan en ella.

Una diaconía que busca la justicia nos conduce a la tensión permanente entre responder a las necesidades humanas de aquellos que sufren aquí y ahora, y hacerlo de tal forma que nuestra respuesta transforme y otorgue poder a estas mismas personas.

Una diaconía que busca la justicia nos conduce a la tensión permanente entre responder a las necesidades humanas de aquellos que sufren aquí y ahora, y hacerlo de tal forma que nuestra respuesta transforme y otorgue poder a estas mismas personas. Ello implica que no podemos ayudar en ninguna forma que, a su vez, opere en contra de la justicia. Esta perspectiva fue vigorosamente enfatizada en las recomendaciones emanadas de la consulta realizada en El Escorial, España, en 1987, que llamaron a un compromiso a “identificarse con los pobres y oprimidos y sus movimientos organizados, en las luchas por la justicia y la dignidad humana en la iglesia y en la sociedad. Esto, a su vez, implica el rechazo a participar, como dador o recipiente, en formas de compartir que debiliten esas luchas”. Lo esencial aquí es el llamado a identificarnos con aquellos que luchan por la justicia, no con los poderosos y los dominantes.

El ciclo de empoderamiento es parte de cualquier servicio verdadero cuando buscamos no solamente responder a las necesidades de aquellos que sufren, sino ser copartícipes en la misión de Dios para que todos y todas puedan vivir la vida en plenitud.

Encontramos en Hechos 3, 1-10, una eficaz y motivadora ilustración bíblica de la diaconía transformadora y el ciclo de empoderamiento: Pedro y Juan ven a un hombre que está siendo cargado a las puertas del templo, donde pide limosnas. En lugar de una limosna, le ofrecen al hombre una sanidad más profunda, una sanidad que llena de regocijo y de poder a la comunidad. Pedro mira directamente al hombre, reconociéndole como un ser humano. Le pide que “se levante y camine”. La dádiva de la sanidad no priva al hombre de su condición de sujeto, de su especificidad. Pedro le ofrece su mano y el hombre “saltando, comienza a caminar”. Entra entonces en el templo con ellos, ahora capaz de participar en la vida y en la comunidad, no solo caminando, sino también “saltando y alabando a Dios”. Ha recibido el poder de una manera en la que ninguna limosna habría podido otorgárselo. Esta historia no sirve para hablarnos de una “fe sanadora”, sino para que veamos que nuestro servicio tiene que mirar siempre más allá de la acción directa hacia la transformación y el empoderamiento. También vemos cómo opera ese ciclo de empoderamiento en las historias de mujeres del Perú. Frente a la crisis económica y la quebrantadora

pobreza, las comunidades se unieron y comenzaron las cocinas comunitarias para responder a la necesidad inmediata de alimentación para sus familias. Esos esfuerzos transformaron a los participantes en personas capaces de asumir el cuidado de sus vidas. Las mujeres “se levantaron” en una nueva forma de organización social que participa en las demandas de derechos humanos y de justicia social.

La Iglesia Sierva es transformada en sí misma por la diaconía que busca la justicia. Esta diaconía ofrece la ayuda directa, de tal manera que empodera y transforma a quienes sirve. Siguiendo a Jesús, combina la sanidad y el servicio con su atención a las raíces y causas de los sistemas y estructuras injustos, y a su transformación. Pero la diaconía ecuménica también transforma a aquel que sirve. Una gran multitud de congregaciones de clase media en América del Norte y en Europa, que ofrecieron ayuda a refugiados, encontraron que toda su vida cambió ‘gracias’ a la ayuda que pudieron brindar. Un simple acto samaritano de compasión (algunas veces motivado por la piedad y otras, incluso, por la culpabilidad) ha llevado a ofrecer santuario y a confrontar políticas y leyes injustas. El refugiado comparte las razones por las que se vio obligado u obligada a escapar de su país natal; la congregación aprecia por primera vez los efectos de la política exterior y económica de su propio país. Las causas profundas del sufrimiento que enfrenta su prójimo refugiado, a quien buscaron asistir mediante la simple ayuda directa, dejan de ser algo invisible o distante.

La congregación se ve a sí misma de manera diferente, como parte de una familia global. Sus miembros, confrontados a discernir las consecuencias del papel que desempeñan, dejan de ser observadores inocentes, y la diaconía profética es el resultado concreto de esa transformación. Muchos hablan de la conversión y del fortalecimiento de su fe. A menudo, al comprender que reciben tanto como lo que dan, se sorprenden ante la dimensión espiritual de ese intercambio. Aquí se experimenta una relación mutuamente transformadora como la mencionada en Hebreos 13, 1-2: “Permanezca el amor fraternal. No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”.

La diaconía transformadora es una calle de dos direcciones, por decir lo menos. Nuestro compromiso con esa diaconía nos sumerge en un mundo real y quebrantado y nos asegura que “no podemos conformarnos con ese mundo”, es decir, que no podemos aceptar el mundo de la injusticia y del desprecio por la vida del otro. La diaconía nos transforma mediante la renovación de nuestra

mentalidad para ver las nuevas cosas que Dios está haciendo. Por medio de la acción y la educación, la Iglesia misma es transformada en una comunidad *serviente*.

La visión bíblico-teológica para una diaconía que busca la justicia llama a la solidaridad con los más pobres, los marginados, los excluidos y los oprimidos.

La visión bíblico-teológica para una diaconía que busca la justicia llama a la solidaridad con los más pobres, los marginados, los excluidos y los oprimidos. A través de la Biblia hay un poderoso y consistente testimonio de la opción de Dios a favor de los pobres, las viudas, los huérfanos, los agraviados (Isaías 1, 17). Esta solidaridad particular se enlaza con la visión profética de la justicia, y es parte de la visión jubilar anunciada por Jesús en Lucas 4, 16-19. La historia del juicio final en Mateo 25, 31 y siguientes pone bien en claro que nuestra fidelidad a Jesús está totalmente ligada con nuestra solidaridad hacia aquellos que padecen hambre o sed, hacia los desnudos, los enfermos, los extranjeros y los prisioneros. ¡Qué puede ser más poderoso que la total identificación de Jesús con “mis hermanos y hermanas más pequeños!”

Desde una perspectiva bíblica y teológica, la diaconía ecuménica es parte de la misión de Dios y parte de esa “cosa nueva” que Dios está haciendo de cara a un mundo en el que la vida está en peligro. En tanto que manifestación de la autoentrega amorosa y sacrificial de Jesús, la diaconía ecuménica nunca puede ser menos que transformadora y procuradora de justicia. Para expresarlo con otras palabras: la diaconía que busca la justicia no es *una más* entre muchos tipos de diaconía de los cuales podemos escoger según nuestro gusto y situación particulares. Cualesquiera sean nuestras circunstancias, cualesquiera, las necesidades específicas que debemos atender y servir, para ser fieles a la misión de Dios nuestra diaconía tiene que buscar la justicia y la transformación. Esto se aplica tanto a la acción directa como a la diaconía profética. Es obvio que la diaconía que busca dirigirse a las raíces causales y al cambio estructural puede caer fácilmente en la trampa de hablar por otros, de tratar a los otros como objetos, de ser insensible a la cultura, al poder y al género. La visión de una diaconía que otorga poder y transforma es intrínseca a nuestra fe como discípulos de Jesucristo y miembros de su Iglesia.

Aquí apreciamos también el vínculo entre la misión y el servicio. El servicio, tal como se muestra en Mateo 25, es escatológico. El amor al prójimo no es simplemente aquello que hacemos mientras esperamos que Dios salve al mundo. La justicia es algo *esencial* en el mundo que Dios desea. El llamado a ser

copartícipes con Dios en la *missio Dei* no es simplemente consecuencia de nuestra fe, sino intrínseco a ella. El imperativo bíblico de la justicia social y del amor al prójimo está en el núcleo teológico de esa *missio Dei*. La visión bíblica nos enseña que no conocemos a Dios, a menos que practiquemos la justicia. La afirmación de que conocer a Dios es hacer la justicia y que hacer la justicia es conocer a Dios, se encuentra de un extremo a otro de la Biblia hebrea. Jeremías 22, 15-16 lo señala con toda claridad: “¿No comió y bebió tu padre, y actuó conforme al derecho y la justicia, y le fue bien? El juzgó la causa del afligido y del necesitado, y le fue bien. ¿No es esto conocerme a mí?, dice Jehová”. El vínculo entre la práctica de la justicia y el derecho y el conocimiento de Dios es algo esencial para la visión bíblica. Lo mismo puede apreciarse en la primera carta de Juan, en el capítulo 4:

“Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”. (1 Juan 4, 7-8).

En esta visión bíblica no hay división entre amor y justicia. Existe el imperativo de amar y servir a los demás y de buscar la justicia como parte inseparable de nuestra fe. Aquí radica aquello que es parte aún más fundamental de nuestra propia relación con Dios: practicar la justicia y el derecho, y defender la causa de los necesitados. “¿No es esto conocerme a mí?”, dice Jehová.

La visión bíblica revela a Dios como un Dios de justicia y de derecho. Nuestro Dios nos llama a unirnos en la misión que busca la justicia con especial cuidado por los pobres, los excluidos, los marginados y los oprimidos.

Aún más, solo por medio de la práctica de la justicia y del amor al prójimo conocemos verdaderamente a Dios.

La visión bíblica del derecho y la justicia es esencialmente una visión de justicia social. En la Biblia hebrea y también de manera muy clara en la visión de Jesús, la justicia tiene que ver con hacer justicia a los pobres y a los oprimidos. Las palabras justicia (*mispat*) y derecho (*sedakah*) van juntas y forman un mismo concepto. Si con frecuencia justicia y derecho se presentan como una idea única, otras veces se encuentran de manera paralela una y otra en la misma oración. Sea como una misma frase o en paralelo, *mispat* y *sedakah* aparecen 34 veces en la Biblia hebrea, y palabras derivadas de esas dos raíces aparecen apareadas otras 32 veces. Teológicamente, el punto importante que hemos de reconocer aquí es que el concepto de “derecho” es una dimensión de las relaciones humanas que Dios desea para nosotros. Así como el término “justicia”, el

término “derecho” se relaciona directamente con la defensa de la causa de los pobres y de los que no tienen poder, y con la superación de la opresión.

En esta visión ecuménica, la diaconía incluye la participación en la lucha contra la opresión y por la liberación de todo yugo. La práctica de la justicia y el derecho incluyen la lucha contra las estructuras injustas y contra las fuerzas de dominación.

El testimonio de las iglesias al oponerse a las bases militares de Estados Unidos en las Filipinas, como el testimonio de aquellos que se sumaron a la lucha del pueblo de Vieques, Puerto Rico, para pedir el fin de la utilización de su isla como un área de prácticas militares están inspirados por esa visión de justicia y derecho. La lucha por el derecho a la tierra en muchos rincones del planeta es parte de la visión de Dios. La lucha por los derechos de la mujer y de la niñez está asimismo en el núcleo de ese mundo que Dios quiere recrear conjuntamente con nosotros.

La forja de la paz es una extensión de la búsqueda de la justicia: “El efecto de la justicia será la paz”. (Isaías 32, 17). A su vez, el Salmo 85 proclama elocuentemente la unidad entre la búsqueda de la justicia y la búsqueda de la paz, y muestra cómo ambas expresan la fidelidad y el amor de Dios: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Sal 85, 10).

La visión bíblica es radical y es fundamental para la vida en la fe. Más allá, incluso, del culto y de nuestra relación personal con Dios, somos llamados a la espiritualidad y a la práctica de la búsqueda por la justicia. “Pero corra el juicio como las aguas y la justicia como arroyo impetuoso”. (Amós 5, 24).

Diálogo con el grupo